

STEFAN ZWEIG

ENCUENTROS CON LIBROS

EDICIÓN Y EPÍLOGO
DE KNUT BECK

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Begegnungen mit Büchern*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Atrium Press Ltd.
All rights controlled by Atrium Press London
Este libro ha sido negociado a través de
International Editors' Co. Agencia Literaria
© de la traducción, 2020 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Don Quijote leyendo en un sillón* (1834),
de Adolf Schrödter

ISBN: 978-84-17346-65-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 6113-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

El libro como acceso al mundo	7
El Goethe apropiado	19
La vida de Goethe a través de sus poemas	24
Sobre los poemas de Goethe	36
<i>Kleist</i> , de Friedrich Gundolf	49
La resurrección de <i>Witiko</i>	54
Jeremias Gotthelf y Jean Paul	60
Regresar a los cuentos	66
Diario de una adolescente	79
Versos de un poeta en busca de Dios	86
<i>Nuevos poemas</i> , de Rilke	91
<i>Sobre los elementos de la grandeza humana</i> , de Rudolf Kassner	96
Poemas de Albert Ehrenstein	99
Reencuentro con Tubutsch	105
<i>A diestra y siniestra</i> , una novela de Joseph Roth	109
<i>Job</i> , una novela de Joseph Roth	115
La nueva obra de Freud, <i>El malestar en la cultura</i>	121
<i>Discurso y respuesta</i> , de Thomas Mann	126
<i>Carlota en Weimar</i> , de Thomas Mann	137
Dos novelas históricas (<i>El conquistador</i> , de Richard Friedenthal, y <i>Alejandro</i> , de Klaus Mann)	140
El libro como imagen del mundo	145
El drama en <i>Las mil y una noches</i>	151
Prólogo a una edición abreviada de <i>Emilio o De la educación</i> , de Jean-Jacques Rousseau	164
El regreso de Stendhal a Alemania	172
Notas sobre Balzac	177

El código de la vida elegante, de Balzac	188
<i>La educación sentimental</i> , de Gustave Flaubert	194
El legado de Flaubert	197
Ulenspiegel redivivo	203
El triunfo de la catedral. (Notas sobre <i>La Anunciación a María</i> , de Paul Claudel)	210
Byroniana	217
La obra de Walt Whitman en Alemania	224
Notas sobre <i>Ulises</i> , de Joyce	228
El triunfo de la inercia	234
<i>Los Artamónov</i>	240
<i>Epílogo del editor</i>	247
<i>Procedencia de los textos</i>	257

EL LIBRO COMO ACCESO AL MUNDO

El movimiento que apreciamos en la tierra se apoya esencialmente en dos invenciones del espíritu humano: el movimiento en el espacio se basa en la invención de la rueda, que gira vertiginosamente alrededor de su eje, y el movimiento intelectual guarda una relación directa con el descubrimiento de la escritura. En cierto momento, en algún lugar, un ser humano anónimo concibió la idea de doblar una madera dura, curvarla y convertirla en una rueda. Gracias a este pionero, la humanidad aprendió a superar la distancia que separa pueblos y países. De pronto era posible entrar en contacto con otras personas por medio de vehículos que permitían transportar mercancías, viajar para adquirir nuevos conocimientos y acabar con las restricciones impuestas por la naturaleza, que limitaba la obtención de frutos, de minerales, de piedras preciosas y de otros productos a zonas donde las condiciones climáticas eran propicias. Los países ya no vivían aislados, ahora establecían vínculos con el resto del mundo. Oriente y Occidente, Norte y Sur, Este y Oeste fueron aproximándose poco a poco, a medida que concebíamos nuevos medios de transporte. El desarrollo de la técnica ha dotado a la rueda de formas muy sofisticadas—la locomotora que arrastra los vagones de un tren, los automóviles que circulan a toda velocidad o los barcos y los aviones propulsados por el giro de sus hélices—con las que acortamos las distancias y vencemos la fuerza de la gravedad; del mismo modo, la escritura, que ha evolucionado desde los pliegos más sencillos, pasando por los rollos, hasta culminar en el libro, ha puesto fin al

trágico confinamiento de las vivencias y de la experiencia en el alma individual: desde que existe el libro nadie está ya completamente solo, sin otra perspectiva que la que le ofrece su propio punto de vista, pues tiene al alcance de su mano el presente y el pasado, el pensar y el sentir de toda la humanidad. En nuestro mundo de hoy, cualquier movimiento intelectual viene respaldado por un libro; de hecho, esas convenciones que nos elevan por encima de lo material, a las que llamamos cultura, serían impensables sin su presencia. El poder del libro para expandir el alma, para construir el mundo y articular nuestra vida personal, nuestra intimidad, suele pasarnos desapercibido salvo en raras ocasiones, y cuando cobramos conciencia de su importancia, tampoco lo manifestamos. Hace mucho que el libro se ha convertido en algo natural, en un objeto cotidiano cuyas maravillosas cualidades no despiertan ni nuestro asombro ni nuestra gratitud. Del mismo modo que no somos conscientes del oxígeno que introducimos en nuestro organismo cada vez que respiramos ni de los misteriosos procesos químicos con los que nuestra sangre aprovecha este invisible alimento, tampoco advertimos la materia espiritual que absorben nuestros ojos y que nutre (o debilita) nuestro intelecto continuamente. Para nosotros, hijos y nietos de siglos de escritura, leer se ha convertido en otra función vital, una actividad automática, casi física, y el libro, que ponen en nuestras manos el primer día de escuela, se percibe como algo natural, algo que nos acompaña siempre, que forma parte de nuestro entorno, y por eso la mayoría de las veces lo abrimos con la misma indiferencia, con la misma desgana con la que cogemos nuestra chaqueta, nuestros guantes, un cigarrillo o cualquier otro objeto de consumo de los que se producen en serie para las masas. Cualquier artículo, por valioso que sea, se trata con desdén cuando

puede conseguirse con facilidad, y sólo en los instantes más creativos de nuestra vida, cuando reflexionamos, cuando nos volcamos en la contemplación interior, conseguimos que lo que ha llegado a ser común y corriente vuelva a resultar asombroso. En esos raros momentos de reflexión lo miramos con respeto y somos conscientes de la magia que insufla a nuestra alma, de la fuerza que proyecta sobre nuestra vida, de la importancia que hoy, en el siglo xx, tiene el libro, hasta el punto de no poder imaginar nuestro mundo interior sin el milagro de su existencia.

Aunque estos instantes son tan escasos, precisamente por ello suelen permanecer en nuestro recuerdo durante mucho tiempo, a menudo durante años. Así, por ejemplo, sigo recordando con toda exactitud el lugar, el día y la hora en que surgió dentro de mí esa sutil intuición que me llevó a comprender que nuestro mundo interior se va tejiendo con ese otro mundo visible y, al mismo tiempo, invisible de los libros. No creo que sea una falta de modestia contar cómo se produjo en mí esta revelación espiritual, pues, aunque se trata de una experiencia personal, ese episodio memorable y revelador trasciende con mucho al individuo en sí. En aquel entonces, debía de tener unos veintiséis años, ya había escrito algunos libros, por lo que conocía en cierta medida la misteriosa transformación que experimenta un sueño, una fantasía torpemente concebida, y las diversas fases por las que atraviesa hasta que, tras curiosas destilaciones y decantaciones, termina transformándose en ese objeto rectangular de papel y cartón al que llamamos libro, ese producto venal, al que le asignamos un precio y que colocamos como una mercancía más tras el cristal de un escaparate, como si no tuviera alma, cuando, en realidad, cada ejemplar, aunque se compre y se venda, es un ser animado, dotado de voluntad, que sale al encuentro

del que lo hojea por curiosidad, del que lo termina leyendo y, sobre todo, del que no sólo lo lee, sino que también lo disfruta. Así pues, ya había experimentado en primera persona, al menos en parte, ese proceso inefable semejante a una transfusión con el que conseguimos que unas cuantas gotas de nuestro propio ser comiencen a circular por las venas de otra persona, un trasvase de destino a destino, de sentimiento a sentimiento, de espíritu a espíritu; sin embargo, la magia, la pasión y la trascendencia de la letra impresa, su verdadera esencia, no se me habían revelado de forma abierta, me había limitado a reflexionar vagamente sobre ello, pero no lo había pensado a fondo, no había sacado las debidas conclusiones. Eso fue lo que comprendí aquel día gracias a la anécdota que voy a referir.

Viajaba entonces en un barco, un buque italiano con el que estaba recorriendo el mar Mediterráneo, de Génova a Nápoles, de Nápoles a Túnez y de allí a Argel. La travesía iba a durar varios días y el barco estaba prácticamente vacío. Así las cosas, solía conversar a menudo con un joven italiano que formaba parte de la tripulación, un mozo que ni siquiera tenía el rango de camarero, pues se ocupaba de barrer los camarotes, de fregar la cubierta y de realizar otras tareas menores, que la gente, por regla general, no valora. Daba gusto ver trabajar a aquel muchacho, un chico espléndido, moreno, de ojos negros, con unos dientes deslumbrantes que brillaban cada vez que se reía. ¡Y cuánto le gustaba reírse! Me encantaba escuchar su italiano melodioso y grácil, una música que acompañaba siempre con vivos ademanes. Tenía un talento natural para captar los gestos de la gente e imitarlos, realizando formidables caricaturas: el capitán, balbuceando con su boca desdentada; el anciano caballero inglés que caminaba por cubierta tieso como un garrote, adelantando un poco el hombro iz-

quierdo; el cocinero, digno y orgulloso, que después de la cena presumía delante de los pasajeros y tenía un ojo clínico para juzgar a las personas a las que había llenado la panza. Me divertía charlar con aquel chaval moreno, asilvestrado, con la frente resplandeciente y los brazos tatuados, que durante muchos años, según me contó, se había dedicado a cuidar ovejas en las islas Eolias, su hogar, una persona bondadosa y confiada como un cachorrillo. No tardó en darse cuenta de que yo le tenía cariño y de que no había nadie en todo el barco con el que me gustara hablar tanto como con él. Así que me contó un montón de detalles de su vida, con franqueza, con total desenvoltura, de modo que al cabo de un par de días nos tratábamos con la camaradería propia de dos amigos.

Entonces, de la noche a la mañana, un muro invisible se alzó entre él y yo. Habíamos recalado en Nápoles, el barco se había llenado de carbón, de pasajeros, de hortalizas y de correo, su dieta habitual en cada puerto, y luego se había hecho de nuevo a la mar. El elegante barrio de Posillipo había ido bajando la cabeza con humildad hasta perderse en el horizonte, entre las colinas, y las nubes que rodeaban la cima del Vesubio parecían las pálidas volutas del humo de un cigarrillo. Entonces se presentó de repente, con una sonrisa de oreja a oreja, se plantó delante de mí y me mostró orgulloso una carta arrugada que acababa de recibir, pidiéndome que la leyera.

Al principio me costó entender lo que quería de mí. Pensé que Giovanni había recibido una carta en un idioma que no entendía, francés o alemán, seguramente de una muchacha—era obvio que debía de tener mucho éxito entre las chicas—, y que había venido a buscarme para que se la tradujera. Pero no, la carta estaba escrita en italiano. ¿Qué quería entonces? ¿Que me la leyera? Nada de eso. Lo que

quería es que se la leyera, tenía que saber qué decía aquella carta. Y, de pronto, comprendí lo que estaba pasando: aquel muchacho inteligente, de una belleza escultural, dotado de gracia y de auténtico talento para el trato humano, formaba parte de ese siete u ocho por ciento de italianos que, según las estadísticas, no saben leer: era analfabeto. Me puse a pensar y fue entonces cuando me di cuenta de que nunca había conocido a nadie como él, un ejemplar de una especie en vías de extinción en toda Europa. Hasta conocer a Giovanni no me había encontrado con ningún europeo que no supiera leer. Supongo que me quedé mirándole con asombro. Ya no le veía como a un amigo ni como a un camarada, sino como a una rareza. Luego, como es natural, le leí la carta. Se la había escrito una modistilla, no recuerdo si se llamaba Maria o Carolina. Contaba lo que las jóvenes cuentan a los jóvenes en todos los países y en todas las lenguas del mundo. Mientras se la leía, no apartó la mirada de mis labios ni un solo instante. Era obvio que se esforzaba por retener cada palabra. Arrugaba el entrecejo poniendo toda su atención en escuchar, su rostro se desencajaba tratando de recordar cada frase. Le leí la carta dos veces, lenta, claramente, para que pudiera conservarla en la memoria. Cada vez se le veía más contento: tenía los ojos radiantes y la boca florecía como una rosa roja al llegar el verano. Entonces apareció uno de los oficiales del barco, se acercó a la borda y Giovanni no tuvo más remedio que marcharse de allí.

Esto fue lo que pasó. Pero la auténtica vivencia, la que iba a transformarme por dentro, no había hecho más que empezar. Me tendí sobre una tumbona y dejé que mi vista se perdiera en la oscuridad de aquella apacible noche. No dejaba de darle vueltas a lo que acababa de ocurrir. Por primera vez me había encontrado cara a cara con un analfa-

beto, con uno europeo además, una persona que me había parecido inteligente y con la que había hablado como con un amigo. Esa idea me atormentaba. ¿Cómo se reflejaba el mundo en un cerebro como el suyo, que desconocía la escritura? Traté de imaginarme la situación. ¿Cómo sería el no saber leer? Por un momento me puse en el lugar de aquel muchacho. Coge un periódico y no lo entiende. Coge un libro, lo sostiene en sus manos, nota que es algo más ligero que la madera o que el hierro, tiene forma rectangular, toca sus cantos, sus esquinas, observa su color, pero nada de eso tiene que ver con su propósito, así que vuelve a dejarlo, porque no sabe qué hacer con él. Se detiene ante el escaparate de una librería y se queda mirando los hermosos ejemplares, amarillos, verdes, rojos, blancos, todos rectangulares, todos con estampaciones de oro sobre el lomo, pero es como si se encontrara ante un bodegón cuyos frutos no puede disfrutar, ante frascos de perfume bien cerrados cuyo aroma queda confinado dentro del cristal. La gente menciona a Goethe, a Dante, a Shelley, nombres sagrados que a él no le dicen nada, son sílabas muertas, voces vacías, carentes de sentido. El pobre ni siquiera se imagina el deslumbrante encanto que puede esconder cualquiera de las líneas de un libro, cuyo fulgor sólo se puede comparar con el resplandor de plata que refleja la luna cuando rompe un cúmulo de nubes mortecinas, no conoce la profunda conmoción que se experimenta al comprobar que el destino del protagonista de un relato ha pasado a formar parte de nuestra propia vida casi sin que nos demos cuenta. Como no conoce el libro, vive encerrado dentro de unos muros infranqueables, sordo a cualquier reclamo, como un troglodita. ¿Cómo se puede soportar una vida así, sabiendo que entre nosotros y el universo se abre una brecha insalvable, sin ahogarse, sin empobrecerse? ¿Cómo soporta uno que

lo único que puede llegar a conocer sea lo que llega por casualidad a sus ojos, a sus oídos? ¿Cómo se puede respirar sin el aire universal que brota de los libros? Éstas eran las preguntas que yo me hacía. Puse todo mi empeño en imaginar la existencia de quien no sabe leer, de quien ha quedado excluido del mundo intelectual, me esforcé por reconstruir artificialmente su forma de vida igual que un erudito trata de reconstruir la forma de vida de un braquicéfalo o de un hombre de la Edad de Piedra a partir de los restos de un yacimiento lacustre. Pero no conseguí meterme en la cabeza de un hombre, de un europeo, que jamás ha leído un libro. Creo que es una empresa condenada al fracaso, tanto como lograr que un sordo se haga una idea de lo maravillosa que es la música por mucho que le hablemos de ella.

Como estaba visto que no podría meterme en la piel de un analfabeto, traté de imaginar mi propia vida sin libros. Probé a sacar de mi círculo vital, aunque sólo fuera por un momento, todo lo que he recibido de la tradición escrita, de los libros. Pero tampoco fue posible, porque lo que percibía como mi yo se disolvió sin remedio en cuanto tomé mis conocimientos, mis experiencias, mis sentimientos, y traté de restarles la dimensión universal que les han aportado los libros que he leído y la formación que he recibido, y que constituye mi identidad. Cualquier objeto, cualquier elemento que me parase a considerar estaba unido a recuerdos y a experiencias que tenían que ver de una forma u otra con los libros, cualquier palabra despertaba innumerables asociaciones que me remitían a algo que había leído o aprendido. Por ejemplo, el hecho de estar viajando a Argel y a Túnez hacía que, casi sin querer, surgieran en mi interior cientos de asociaciones que fulguraban como relámpagos. La palabra *Argel* me hacía pensar en Cartago; en el culto a Baal; en *Salambó*; en los textos de Tito Livio, cuan-

do Escipión y Aníbal, romanos y cartagineses, se enfrentan en Zama; en el drama de Grillparzer protagonizado por ambos; en los cuadros de Delacroix, llenos de matices, y en los paisajes de Flaubert; en Cervantes, que resultó herido en el asalto a la ciudad ordenado por Carlos V,^{*} y en mil detalles más que cobraban vida como por arte de magia al pensar o al pronunciar las palabras *Argel* y *Túnez*, que relacionaba con la Edad Media, con dos mil años de luchas y con innumerables sugerencias que acudían en tromba a mi memoria, todo lo que había leído y aprendido desde la infancia enriquecía estas voces transportándome como en un sueño. Comprendí que el don de pensar con amplitud de miras y de establecer vínculos entre unas realidades y otras nos permite contemplar el mundo desde múltiples perspectivas y formarnos una imagen soberbia de la realidad, la única correcta, una gracia que sólo se le concede a quien va más allá de su propia experiencia, asumiendo como propio lo que se ha recogido en los libros de distintos países, autores y épocas, y me quedé conmovido al considerar lo limitado que debe de parecerle el mundo a quien vive de espaldas a los libros. Por otra parte, el hecho de que estuviera planteándome estas cuestiones, la profunda compasión que sentía por el pobre Giovanni, a quien le faltaba el instrumento básico para disfrutar de este mundo sublime, de este insólito don que nos permite emocionarnos con un destino ajeno, ¿no era una consecuencia más de mi ocupación literaria? Pues, cuando leemos, ¿no vivimos la vida

^{*} En realidad, Cervantes cayó herido en la batalla del golfo de Lepanto, que tuvo lugar durante el reinado de Felipe II. Seguramente éste sea el error histórico más evidente para el lector español, aunque no es el único en estos textos, muchas veces redactados en lugares donde al autor no le quedaba más remedio que recurrir a su memoria en vez de a las fuentes. (*Las notas indicadas con asterisco son del traductor*).

de otras personas, no miramos con sus ojos, no pensamos con su cerebro? Animado por esta idea fui repasando agradecido los innumerables momentos de felicidad que me habían procurado los libros; los ejemplos iban sucediéndose unos a otros, como las estrellas que tachonan el firmamento, infinidad de detalles que han ido ampliando los límites de mi existencia, que me han sacado de la estrechez de la ignorancia, que me han servido para construir una escala de valores, que me proporcionaron, desde que era un niño, toda clase de experiencias, poderosos alicientes para un hombrecito pequeño e inmaduro. En ese momento entendí por qué mi alma de niño adquiriría esa formidable tensión cuando leía a Plutarco, las aventuras del guardiamarina Easy o los cuentos de James Fenimore Cooper, pues un mundo indómito y apasionado irrumpía en mi cuarto, derrumbaba las paredes de aquella casa burguesa para llevarme consigo: por primera vez, gracias a aquellos libros, pude entrever la amplitud, la inmensidad de nuestro mundo y el gozo de perderme en él. Gran parte de nuestro empuje, ese deseo de ir más allá de nosotros mismos, esa bendita sed, que es lo mejor de nuestra persona, se la debemos a la sal de los libros, que nos animan a vivir la vida sin saciarnos nunca de ella. Me acordé de las importantes decisiones que había tomado después de leer un libro; de los encuentros con autores, fallecidos hace mucho tiempo, que habían significado para mí mucho más que los que había mantenido con algunos amigos o con algunas mujeres; de las noches de amor con libros, horas dichosas, en vela, ebrio de placer. Cuanto más lo pensaba más claro veía que nuestro mundo espiritual está formado por millones de mónadas, de impresiones particulares, y que sólo una pequeña parte de ellas procede de lo que hemos visto o de lo que hemos experimentado, mientras que la mayoría, un complejo con in-

finidad de conexiones, se la debemos a los libros, a lo que hemos leído, a lo que hemos recibido por tradición, a lo que hemos ido aprendiendo.

Fue fantástico reflexionar sobre todo esto. Momentos gozosos hacía tiempo olvidados, que había vivido gracias a los libros, venían de nuevo a mi cabeza, enlazándose unos con otros, y como me había sucedido al contemplar el aterciopelado cielo de la noche, cuando intentaba contar las estrellas y siempre aparecían otras nuevas que me habían pasado desapercibidas y me hacían perder la cuenta, comprendí que también nuestra esfera interior, ese otro cielo estrellado, está iluminado de un extremo a otro por innumerables puntos de luz, llamas que alumbran un segundo universo espiritual, que gira alrededor de nosotros con una misteriosa música. Jamás había estado tan cerca de los libros como en esos momentos, aunque no tuviera ninguno entre las manos, porque todo mi pensamiento se concentraba en ellos y mi alma se abría a su secreto. Aquel pobre analfabeto, aquel eunuco del espíritu, que tenía tanto talento como cualquiera de nosotros, pero que, por culpa de este defecto, no conseguía penetrar en el mundo superior para amarlo y fecundarlo, me hizo descubrir la magia del libro, que transforma nuestra realidad cotidiana.

Quien percibe el inmenso valor de lo escrito, de lo impreso, de lo heredado, ya sea a través de un libro, ya sea a través de la tradición, sonrío compasivo ante la pobreza de ánimo que manifiestan hoy tantas y tantas personas, algunas de ellas ciertamente inteligentes. El tiempo del libro ha acabado, ésta es la época de la técnica, arguyen; el gramófono, el cinematógrafo, la radio son más prácticos y más eficaces a la hora de transmitir la palabra y el pensamiento, y de hecho comienzan a arrinconar al libro, por lo que su misión histórica y cultural no tardará en formar parte del pasado.

¡Qué estrechez de miras, qué cerrazón mental! ¿Alguien puede pensar seriamente que algún día la técnica conseguirá crear un prodigio que aventaje al libro, con miles de años de historia, o simplemente que lo iguale? Los químicos no han descubierto ningún explosivo tan potente, tan formidable, no han fabricado ninguna chapa de acero, ningún cemento tan duro ni tan resistente como un puñado de hojas impresas y encuadernadas. La luz de una lámpara eléctrica no puede compararse con la que irradia un pequeño volumen de unas pocas páginas, no existe ninguna fuente de energía que pueda compararse con la potencia con que la palabra impresa alimenta el alma. Intemporal, indestructible, inalterable, la quintaesencia de la fuerza en un formato reducido y versátil, el libro no tiene nada que temer por parte de la técnica, pues es él quien garantiza su pervivencia y su desarrollo. En cualquier ámbito, no sólo en nuestra propia vida, el libro es el alfa y la omega del conocimiento, la base de la ciencia. A medida que crece nuestra intimidad con los libros, vamos profundizando también en los distintos aspectos de la vida, que se multiplican fabulosamente, pues ya no los vemos sólo con nuestros propios ojos, sino con una mirada en la que confluyen multitud de almas, una mirada amorosa que nos ayuda a penetrar en el mundo con una agudeza soberbia.

EL GOETHE APROPIADO

Son muchos los que se preguntan qué edición de Goethe es la más conveniente, por cuál deberían decantarse. Durante mucho tiempo, prácticamente medio siglo, las ediciones más codiciadas eran las que ofrecían una selección de las obras literarias del autor, pues la generación de nuestros padres valoraba a Goethe por su faceta de artista y consideraba que sus estudios sobre ciencias naturales, filosofía y geología eran un capricho, la extravagancia de un hombre que se había ido haciendo mayor y acusaba el paso de los años. No ha sido hasta esta última década cuando los alemanes han vuelto a contemplar a Goethe como un todo en el que vida, obra y actividad intelectual son inseparables. Las magníficas biografías de Bielschowsky, Gundolf, Chamberlain y Emil Ludwig nos han permitido entender su figura como un fenómeno único, como un cosmos, como una unidad orgánica, donde las ocupaciones personales y la producción literaria obedecen a un mismo impulso y están estrechamente relacionadas. Este cambio de perspectiva nos permite hacernos una idea de la envergadura intelectual de Goethe y explica que en los últimos años los lectores se inclinen por ediciones de las obras completas que integran los aspectos más diversos de esta figura singular.

Ahora bien, ¿qué edición sería la más adecuada? ¿Cuál transmite una imagen más completa y más fiel del verdadero Goethe? ¿Cuál es la más pura, la más perfecta y la más universal? La edición de referencia, por supuesto, sigue siendo la *Sophienausgabe*, publicada bajo los auspicios de la Gran Duquesa de Weimar, a quien debe su nombre,

pues no sólo recoge todos los textos del autor en sus diferentes versiones junto con las cartas y documentos que redactó, sino que dispone de un aparato crítico en el que se consigna cuidadosamente, palabra por palabra, cualquier variante, cualquier divergencia entre el manuscrito y la versión que salió de la imprenta. Dos generaciones de filólogos especialistas en Goethe han trabajado en esta obra durante un cuarto de siglo, un edificio fastuoso cuya última piedra se colocó durante la Gran Guerra, un monumento hermoso, ejecutado con extremo celo, con suma pulcritud; ninguna otra nación tiene algo ni remotamente parecido. No cabe duda de que la *Sophienausgabe* es la edición con mayúsculas, pero su envergadura la coloca fuera del alcance de la mayoría de los lectores, pues comprende nada más y nada menos que ciento cincuenta y cuatro volúmenes en gran formato, de manera que ocupa, por sí sola, toda una librería, eso sin contar con que hace mucho que está agotada y cuesta mucho encontrarla entera en librerías de viejo, donde se vende a un precio desorbitado. Siguiendo su estela apareció la edición del Gran Duque Guillermo Ernesto, que publicó la editorial Insel. Su propósito era doble: por una parte, aspiraba acertadamente a ser tan completa como la *Sophienausgabe*; por otra, pretendía subsanar su principal defecto, la dispersión, que dificulta enormemente su uso. En este caso se sacrifican las notas, las introducciones, las cronologías, para ofrecer las obras completas, con su texto íntegro y revisado, a excepción de las cartas y de las conversaciones (que acaban de publicarse por separado, pero respetando la misma estética). Al haber empleado papel biblia, la gigantesca obra queda reducida a dieciséis volúmenes bellamente encuadernados, que apenas ocupan una estantería, por lo que resulta mucho más manejable: uno puede coger un tomo y llevárselo de via-

je o guardarlo en el bolsillo cuando sale a dar un paseo. Es pues la edición idónea para aquellos que quieren disfrutar de las obras completas de Goethe llevándolas siempre consigo, mientras que la *Sophienausgabe* está pensada para grandes bibliotecas, públicas o privadas, donde trabajan investigadores y estudiosos. Existe una tercera edición, la *Propyläen-Ausgabe*, que organiza las obras de acuerdo con un principio del que el propio Goethe se distanció en vida, pero que tiene un innegable atractivo desde el punto de vista de la psicología: el orden cronológico. En esta edición, las obras no se clasifican en grupos, se ordenan atendiendo a la fecha en que fueron escritas; de este modo, el lector no sólo entra en contacto con el ser de la producción goethiana, sino también con su progresivo devenir. También ésta puede ser una edición apropiada, aunque no tenga nada que ver con las dos anteriores; de hecho, uno se siente tentado a adquirir las tres, la primera para la investigación, la segunda para la lectura y la tercera como una especie de autobiografía intelectual, lo cual, a día de hoy, cuando los libros se encarecen y escasea la vivienda, es un deseo prácticamente irrealizable para un particular.

Ahora, cuando Alemania atraviesa uno de los momentos más delicados de su historia, acaba de ver la luz una cuarta edición, publicada por Ullstein, que me parece modélica en muchos sentidos. Como las anteriores, ofrece las obras completas, aunque organiza el material de manera distinta. Recoge la secuencia cronológica de la *Propyläen-Ausgabe*, pero, al mismo tiempo, agrupa las obras por géneros. Los diarios y los poemas no se mezclan con los dramas como en aquélla, donde sólo se tiene en cuenta la fecha de publicación, sino que se dividen en grupos, drama, lírica, épica, y las obras que integran cada uno de ellos se ordenan de la más antigua a la más moderna. Siguiendo el criterio de In-

sel, prescinde de las notas y del aparato crítico que recogía las variantes de los manuscritos, pero aporta una interesante novedad: cada tomo cuenta con una introducción, lo cual resulta muy atractivo. Para ello se ha buscado a los mejores escritores alemanes contemporáneos, a filósofos y ensayistas de primera línea, que presentan cada tomo trazando una panorámica general. Es Gerhart Hauptmann quien da la entrada y marca el tono con un preludio sencillo pero muy interesante, un acorde que no aspira a resolver el problema de Goethe pero sí lo formula magistralmente, un piadoso acercamiento al hombre que se sitúa en lo más alto del canon alemán. El prólogo general está firmado por Georg Simmel, que habla sobre «Los valores de la vida de Goethe», abordando una serie de problemas filosóficos con enorme detalle, acaso demasiado, en un magnífico ejercicio de síntesis intelectual que alcanza un extraordinario nivel. Por lo demás, merece la pena mencionar un inolvidable artículo de Hugo von Hofmannsthal sobre *Poemas del diván de Oriente y Occidente* y los agudos estudios de Hermann Bahr, Hermann Hesse y Jakob Wassermann, que sirven de introducción a cada uno de los tomos dedicados a la prosa, en cambio habría sido deseable que los artículos de Eulenberg y de Cäsar Fleischlen sobre la lírica y de Ernst Hardt sobre los dramas profundizasen algo más en el tema. En cualquier caso, estas breves pinceladas pueden facilitar a muchos lectores un primer acercamiento a la esfera literaria y despertar la curiosidad de aquellos que no están familiarizados con Goethe como astro en torno al cual giran las letras alemanas. Hasta la fecha, Ullstein ha publicado doce tomos, muy fáciles de manejar y absolutamente recomendables, que comprenden la obra literaria, a los que pronto seguirán otros ocho dedicados a las ciencias naturales, a la filosofía y a la geología. Todo un logro,

doblemente asombroso, pues ha surgido en medio de las condiciones más duras y difíciles, y ofrece la oportunidad de adquirir y disfrutar de todo Goethe a un precio relativamente asequible.

Qué edición elegir, cuál de ellas es la más apropiada, queda a la discreción de cada lector. Todas ofrecen la inagotable obra de Goethe en su conjunto y cualquiera de ellas resultará adecuada siempre que nos animemos a investigar, descubrir, reflexionar y disfrutar de una figura tan portentosa. Todas ofrecen una imagen global del autor, todas lo ensalzan, que cada cual opte por la que considere más adecuada para hacerlo suyo, aunque para esto sería preciso disponer de toda la eternidad. Cada cual debe encontrar su Goethe particular, el apropiado para él, pues es tan grande, tan inabarcable, que sólo podemos aspirar a hacernos una vaga idea de su auténtica dimensión.